



En recuerdo de Carlos Polín Alcalá

[Madrid, 9 de julio 1955 – Madrid, 31 de marzo 2020]

Sus hijos y sus hermanos;

Es indescriptible el dolor que siento por tu pérdida, papá. Qué injusticia. Qué impotencia. Qué sinsentido. La vida se me ha roto en mil pedazos.

Porque siempre has sido, y seguirás siendo, mi referente. El lugar al que acudir cuando estoy perdido y el lugar donde celebrar que me he encontrado.

Gracias por tu generosidad, por tu humildad, por tu saber estar.

Gracias por allanar los caminos, por tu determinación y por tu bondad.

Gracias, en definitiva, por haberme hecho sentir tan orgulloso de ser tu hijo.

Te quiero y siempre te querré, papá.

Eduardo.

Creo que la mejor forma de rendirle homenaje es contar, aunque de manera muy breve, cómo era.

Siempre trataba de sacar lo positivo de cualquier situación, tintando los problemas con un toque de humor, consiguiendo así quitarles peso e inventándose el modo de hacerlos suyos sin que apenas te dieras cuenta para encontrarles una buena solución. No recuerdo ni una sola vez que no la hallase.

Con ese carácter calmado, paciente y disciplinado, conseguía poner todo en perspectiva, ya fuera en el ámbito profesional o en el personal.

De mente abierta, jamás impuso nada a nadie, muy tolerante, constantemente dispuesto a aprender, reinventarse y adaptarse a cualquier cambio, por ello siempre dijimos que estaba adelantado a su tiempo, aunque él le restase importancia diciendo que simplemente se ponía al día.

Con una empatía profunda, tenía esa esencia que sabía mirarte a los ojos y hablarte con ellos a través del silencio. Era esa clase de personas que te crean sonrisas, incluso cuando

no están contigo. De esas que tienen siempre una palabra amable bailando en los labios y te hacen la vida más bonita.

Nos quedamos sin tiempo, con tan solo 64 años, te quedaba demasiado por vivir, echaré de menos nuestras noches de verano y nuestras tardes de invierno, las conversaciones, las triviales y las profundas, los silencios compartidos, las confesiones, los juegos, la música de otro tiempo y nuestro amor por la lectura.

Si se puede llamar hogar a una persona, fuiste, eres y serás siempre el mío.

Te quiero, papá.

Raquel.

Querido Carlos, tuvimos la suerte de que nuestros padres se fueron con muchos años, y ahora me alegro de que no hayan tenido que vivir esta desolación en la que nos has dejado.

Quizás por eso al morir ellos, no tuve el sentimiento de quedarme huérfano. Sin embargo, esa sensación sí la tengo desde que tú te fuiste.

Has sido mi compañero de juegos de infancia, mi cómplice en la juventud, mi referente y mejor amigo cuando nos fuimos haciendo mayores, mi maestro de profesión, siempre mi protector, y siempre mi hermano, el mejor hermano que se pueda desear.

¿En qué episodios relevantes de mi vida no has estado presente o has sido partícipe?

Por eso, ya nunca podré ser el mismo, contigo se ha ido una parte de mí, que, aunque ya no vea siempre la sentiré muy cerca, y siempre estará viva en mi recuerdo.

Te quiero hermano.

Fernando.

Mi hermano mayor, siempre he dicho esas tres palabras con tanto orgullo... Recuerdo conversaciones contigo en mi adolescencia, tú me escuchabas atento, y yo sentía que me comprendías, que me tomabas en serio y guardabas mis secretos.

Después la vida nos separó un poco y nos hemos visto menos de lo que yo hubiera querido, pero, sabía que estabas ahí, siempre estabas ahí.

Gracias por todo eso, gracias por hacer que me sintiera protegida, gracias por ser mi hermano mayor.

Te quiero mucho.

Cristina